

Agatha Christie®

EL
SECRETO DE
CHIMNEYS

DÉJATE SORPRENDER
por el **PRIMER CASO**
del superintendente Battle

The logo for ESPASA, featuring a stylized lowercase 'e' inside a circle, with the word 'ESPASA' in a bold, sans-serif font below it.



AGATHA CHRISTIE

EL SECRETO DE CHIMNEYS

Traducción de Juan A. G. Larraya



The Secret of Chimneys © 1925 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de Juan A. G. Larraya © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-670-7407-9

Depósito legal: B. 8.423-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

UN ENCUENTRO

—¡Caballero Joe!

—¡Que me cuelguen si no es Jimmy McGrath!

Las siete mujeres alicaídas y los tres varones aburridos, clientes de Viajes Castle, sintieron que su interés despertaba de repente. El señor Cade, su admirado señor Cade, alto, esbelto, moreno, risueño, cuyas elegantes formas tanto habían contribuido a resolver disputas y a mantenerlos en un aceptable estado de buen humor, había encontrado a un amigo más que peculiar, a decir verdad. De estatura semejante a la de su guía, más robusto y mucho menos apuesto, parecía arrancado de las páginas de una novela de aventuras. Sería, probablemente, el dueño de una taberna, pero llamaba su atención. A fin de cuentas, se viaja con la esperanza de ver cosas que los libros mencionan. Hasta aquel instante lo habían pasado mal en Bulawayo, abrasados por un calor intolerable, agobiados por las incomodidades del hotel, y, carentes de propósito definido, charlaban, a la espera de trasladarse en coche a Matobo. Por suerte, el señor Cade había sugerido que comprasen postales, de las que había en abundancia.

Anthony Cade y su amigo se alejaron unos metros.

—¿Qué diablos haces con esa turba femenina? —preguntó McGrath—. ¿Vas a fundar un harén?

—¿Con estos ejemplares? ¿Te has fijado en ellas? —replicó Anthony.

—Sí. Pensé que te habías vuelto miope.

—Mi vista sigue siendo excelente. Muchacho, soy el agente local de Viajes Castle.

—¿Cómo llegaste a aceptar ese empleo?

—Forzado por mis penurias económicas. Reconozco que no se adecua a mi temperamento.

Jimmy sonrió.

—Te revientan las ocupaciones estables, ¿verdad?

Anthony no respondió directamente al comentario.

—Espero que, como siempre, surja algo más emocionante.

Jimmy ocultó su risa.

—Bien lo sé. Anthony Cade se verá, tarde o temprano, en un lío. Naciste con un instinto especial para los problemas... y con más vidas que un gato. ¿Cuándo podemos charlar?

—Tengo que llevar a mi gallinero a la tumba de Cecil Rhodes —suspiró Anthony.

—¡Estupendo! —aprobo Jimmy—. Los baches las molerán y regresarán pidiendo la cama a gritos; así podremos tomarnos unas copas y comentar las últimas noticias.

—De acuerdo. Hasta luego, chico.

Anthony se reunió con su rebaño. La señorita Taylor, la más joven y bulliciosa de las ovejas, lo abordó al instante:

—¿Un amigo suyo, señor Cade?

—En efecto, un buen amigo de mi inocente juventud.

La señorita Taylor dejó escapar una risita.

—Parece interesante.

—Una opinión que le comunicaré con sumo gusto.

—¡Qué ocurrencia! No sea tan pícaro, señor Cade.

Pero ¿cómo lo llamó?

—¿Caballero Joe?

—Sí. ¿Es su verdadero nombre?

—Me defrauda, señorita. Creí que jamás olvidaría mi hermoso nombre: Anthony.

—¡Oh!... ¡Por favor! —exclamó la señorita Taylor, e hizo un encantador gesto.

Anthony ya dominaba a la perfección las triquiñuelas del oficio. Estaba entre sus deberes, aparte de la organización de los viajes y excursiones, aplacar a ancianos demasiado dignos, proporcionar a las matronas numerosas ocasiones de adquirir postales y galantear a toda clase de mujeres menores de cuarenta años. La natural propensión de las damas a traducir en tiernas indirectas sus más inocentes comentarios le facilitaba esta última tarea.

La señorita Taylor volvió a la carga.

—¿Por qué lo llamó Joe, en tal caso?

—Porque no es mi nombre.

—¿Y por qué caballero?

—Porque no lo soy.

—No diga eso, señor Cade —se indignó la joven—. Precisamente, anoche papá alabó sus modales.

—Su padre es muy amable, señorita.

—Y todos coincidimos en que es usted un caballero.

—Me abruma...

—Hablo en serio.

—«Los buenos corazones valen más que rancios bla-

sones» —declamó Anthony sin que viniera a cuento, deseando huir.

—Bellísimo poema ese. ¿Sabe muchos poemas?

—Puedo recitar únicamente: «El muchacho irguióse en el ígneo puente, del que todos habían escapado». También soy capaz de representarlo. «El muchacho irguióse en el ígneo puente»... ¡Uf, uf, uf! Son las llamas... «Del que todos habían escapado», momento en que corro alocado, como un perro despavorido.

La señorita Taylor se rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¡Qué gracioso! ¿Han oído al señor Cade?

—Pensemos ahora en el té de la mañana —propuso con rapidez Anthony—. Vengan por aquí. Hay un bar excelente en la siguiente calle.

—¿Esa consumición queda incluida en la tarifa? —preguntó la voz grave de la señora Caldicott.

—El té de la mañana se considera un gasto extra —informó Anthony en su tono más profesional.

—¡Lástima!

—La vida está sembrada de sinsabores, ¿verdad? —insinuó alegremente Anthony.

Los ojos de la señora Caldicott brillaron como quien se dispone a sacar un conejo de la chistera.

—Al sospecharlo, me preparé durante el desayuno. Llené una botella de té, que puedo calentar en un fogoncillo de alcohol. Vamos, padre.

Los Caldicott se dirigieron triunfalmente al hotel. Los hombros de la dama revelaban lo contenta que estaba por ser tan previsora.

—¡Cuánta gente extraña has creado, Dios mío! —murmuró Anthony.

Condujo al resto de los turistas al café. La señorita Taylor, que continuaba a su lado, reanudó el interrogatorio.

—¿Hacía mucho que no veía a su amigo?

—Más de siete años.

—¿Lo conoció en África?

—Sí, pero no en esta región. Encontré a Jimmy McGrath cuando ya estaba a punto para la cazuela. En el interior hay tribus caníbales, ¿sabe? Llegamos a tiempo.

—¿Y qué sucedió?

—Se armó una buena, causamos algunas bajas a los salvajes y los demás tomaron las de Villadiego.

—¡Ah! ¡Qué vida tan aventurera la suya!

—Muy apacible, se lo aseguro.

Pero la señorita Taylor no lo creyó.

A las diez de la noche del mismo día, Anthony Cade entraba en la pequeña habitación en que Jimmy McGrath se ejercitaba en la degustación de distintas botellas.

—Procura que la mía sea fuerte —imploró—. Lo necesito, te doy mi palabra.

—Lo sospecho, muchacho; yo no aceptaría ese empleo ni a cambio de una fortuna.

—Dime otro y lo abandono en el acto.

McGrath llenó su vaso, lo apuró con la rapidez que proporciona una larga práctica y volvió a llenarlo. Entonces dijo lentamente:

—¿De verdad?

—¿Qué?

—¿Renunciarías a tu actual trabajo por otro?

—¿A qué viene eso? ¿Insinúas que existe la posibili-

dad de obtener otro empleo? Si es así, ¿por qué no te lo quedas tú? ¿No lo quieres?

—No me hace mucha gracia. Por eso te lo ofrezco a ti. Anthony sospechó en el acto.

—¿Te han nombrado maestro de una escuela dominical?

—¿Quién se atrevería a hacer tal cosa?

—Nadie que te conozca, desde luego.

—Es un trabajo magnífico y sin ninguna clase de inconvenientes.

—¿En Sudamérica, por una bendita casualidad? Le he echado el ojo a esa parte del mundo. En cualquiera de esos países, estoy seguro de que pronto se alzará una hermosa revolución.

Jimmy sonrió.

—Siempre te han atraído las revoluciones. Tu única preocupación es verte metido en una buena pelea.

—Los sudamericanos apreciarían mi talento, porque, Jimmy, puedo ser muy útil en una guerra civil a cualquiera de los dos bandos; y prefiero eso a ganarme el pan honradamente.

—Amigo mío, no es la primera vez que admites eso; sin embargo, el trabajo no espera en ese edén que te imaginas, sino en Inglaterra.

—¿En serio? El héroe, tras larga ausencia, regresa a la tierra que le vio nacer. Jimmy, ¿le pueden encarcelar a uno por unas deudas contraídas hace siete años?

—Creo que no. ¿Quieres saber algo más?

—No me vendría mal. Me extraña, no obstante, que tú no lo aceptes.

—Ocurre, mi querido Anthony, que me voy muy lejos, al interior, en busca de oro.

Anthony silbó.

—No has cambiado desde que nos conocemos, Jimmy. El oro es tu debilidad, tu talón de Aquiles, la pasión de tu vida. Pocas personas habrán perseguido más quimeras que tú.

—Y ya verás cómo finalmente triunfaré.

—Cada loco con su tema. El mío son las luchas y los golpes; el tuyo, el oro.

—Voy a contártelo todo. ¿Qué sabes de Herzoslovaquia?

Anthony alzó la cabeza.

—¿Qué? —exclamó con un curioso timbre en la voz.

—Eso, que qué sabes de Herzoslovaquia.

Hubo una pausa antes de que Anthony respondiera.

—Lo normal. Es un Estado balcánico, con ríos, cuyos nombres ignoro, y montañas, que imagino numerosas. Su capital es Ekarest, su población se dedica sobre todo al bandolerismo y al deporte de matar reyes y promover algaradas. Su último monarca, Nicolás IV, murió asesinado hace siete años. Desde entonces hay un Gobierno republicano. En suma, un lugar agradable y atractivo. ¿Por qué no me avisaste de que el asunto estaba relacionado con Herzoslovaquia?

—Su protagonismo es indirecto.

Anthony miró a su amigo con más pena que ira.

—Enmiéndate, Jimmy; sigue un curso por correspondencia o algo parecido... Si llegas a contar algo por el estilo en los jugosos días de los imperios orientales, te hubieran colgado de los pies, apaleado y despellejado.

McGrath continuó la explicación sin dejar que aquellos comentarios lo afectaran.

—¿Has oído hablar del conde Stylptitch?

—Por fin dices algo razonable —aprobó Anthony—. Muchos de los que ignoran la existencia de Herzoslovaquia fingirían una expresión inteligente ante la mención del conde, el Gran Jefe de los Balcanes, el Mayor de los Villanos, epítetos que dependen del periódico que se lea; pero, Jimmy, no te quepa duda de que se le recordará mucho después de que tú y yo seamos polvo y ceniza. Stylptitch ha movido las piezas en el tablero del Oriente Próximo en todos los acontecimientos que se han producido en los últimos veinte años. Ha sido un dictador, un patriota, un estadista... Nadie sabe qué hacía exactamente, aunque todos están de acuerdo en que fue el rey de la intriga... ¿Qué pasa con él?

—Fue el primer ministro de Herzoslovaquia.

—No tienes sentido de la proporción. ¿Qué es Herzoslovaquia en comparación con él? El papel de ese país fue procurarle un lugar de nacimiento y un puesto en los asuntos públicos. Pensaba que estaba muerto.

—Falleció en París hace dos meses. Pero han pasado años desde el suceso que voy a contarte.

—El problema es que no me lo cuentas —dijo Anthony.

Jimmy sonrió.

—En París, y de ello hace cuatro años, me paseaba una noche por un barrio solitario. Me topé de pronto con media docena de matones que maltrataban a un anciano respetable; como me molestan las diferencias numéricas, intervine moliendo a golpes a los rufianes. Jamás los habían atizado en serio, supongo, porque se dispersaron como la nieve bajo el sol.

—¡Bravo, Jimmy! —exclamó Anthony a media voz—. Me hubiese gustado presenciarlo.

—¡Bah! No fue nada —aseguró modestamente el otro—. Con todo, el anciano se sintió muy agradecido y, si bien llevaba una copa de más, se acordó de preguntar mi nombre y mis señas. Al día siguiente me visitó para darme las gracias como un gran señor. Descubrí entonces que había salvado al conde Stylptitch. Habitaba en el Bois...

—En efecto —dijo Anthony—, Stylptitch vivió en París después del asesinato del rey Nicolás. Había rechazado la presidencia de la república, fiel a sus principios monárquicos, aunque se rumoreó que terciaba en todos los altibajos políticos de los Balcanes. El difunto conde era muy maquiavélico.

—Nicolás IV tenía gustos heterodoxos en materia de esposas, ¿verdad? —soltó de pronto Jimmy.

—Que le perdieron, ¡pobrecillo! —suspiró Anthony—. Se trataba de una bailarina o actriz parisiense de baja estofa, poco adecuada hasta para un matrimonio morganático; pero él la idolatraba. Ella había decidido ser reina... y, por fantástico que parezca, lo consiguió. Cambió su nombre por el de condesa Popoffsky, según creo, con la pretensión de que por sus venas circulaba sangre de los Románov. Nicolás se casó con ella en la catedral de Ekarest, obligó a dos obispos a bendecir la unión, aunque eran reacios a ello, y la coronó con el nombre de reina Varaga; después convenció a sus ministros de lo oportuno de su enlace, olvidándose del pueblo en general. Ahora bien, los herzoslovacos son de índole aristocrática y reaccionaria, y demandan que sus soberanos sean de genuina descendencia regia. En consecuencia, hubo rumores, descontento, represiones despiadadas y una sublevación final en la que el pueblo asaltó el

palacio, asesinó a los monarcas y proclamó la república. Desde entonces, y sin modificar el régimen de gobierno, en Herzoslovaquia no se aburren; han matado a un par de presidentes para conservarse en forma... Pero, como dicen los franceses, *révenons à nos moutons*.^{*} Decías que el conde Stylptitch te proclamó su salvador...

—Sí. Aquello fue todo. Al llegar a África, el incidente se borró de mi memoria hasta que, hace dos semanas, recibí un paquete singular que llevaba mucho tiempo siguiendo mis pasos. Yo había leído en la prensa que el conde había fallecido en París. Dicho paquete contenía sus memorias. Reminiscencias o como quieras llamarlas. Una nota adjunta me informó de que unos editores londinenses habían recibido instrucciones de entregarme un millar de libras esterlinas si yo ponía en sus manos el manuscrito antes del 13 de octubre o, como máximo, el mismo día.

—¿Has dicho mil libras esterlinas, Jimmy?

—Así es. ¡Ojalá no sea una broma, porque ni los príncipes ni los políticos, como reza la sabiduría popular, son de fiar!... Así estamos. No me sobra tiempo, ya que el manuscrito tardó mucho en encontrarme. Es una pena. Acabo de preparar mi excursión al interior, y he puesto el corazón en ello. No se me presentará jamás una ocasión como esta.

—No tienes remedio, Jimmy. Mil libras en mano bien valen una tonelada de oro hipotético.

—Pero supón que sea un engaño... Bueno, aquí me tienes, con el pasaje pagado, camino de Ciudad del Cabo..., y apareces tú.

* En francés, «volvamos a nuestro asunto». (N. del t.)

Anthony se levantó y encendió un cigarrillo.

—Adivino lo que pretendes, Jimmy. Tú corres tras el oro y yo cobro el millar de libras esterlinas en representación tuya. ¿Cuál sería mi parte?

—¿Qué me dices de una cuarta parte?

—¿Doscientas cincuenta libras, libres de impuestos?

—Exacto.

—Trato hecho; y te confieso, para que tus dientes rechinen, que hubiese ido por cien. Sabes, ¡oh, James McGrath!, que la muerte no te atraparé en el lecho pensando en tu cuenta corriente.

—Entonces, trato hecho.

—De acuerdo. Soy tuyo de pies a cabeza. ¡Brindemos por la ruina de Viajes Castle!

Y los dos hombres bebieron solemnemente.